

MÓNICA G. ÁLVAREZ

AMOR Y HORROR

NAZI

**HISTORIAS REALES EN LOS
CAMPOS DE CONCENTRACIÓN**



Luciérnaga

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Dedicatoria

Introducción

1. Helena Citrónová y Franz Wunsch

2. David y Perla Szumiraj

3. Felice Schragenheim y Elisabeth Wust

4. Paula y Klaus Stern

5. Jerzy Bielecki y Cyla Cybulska

6. Manya y Meyer Korenblit

7. Howard y Nancy Kleinberg

Epílogo

Agradecimientos

Bibliografía

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

La autora refleja cómo sus protagonistas sobrevivieron a la enfermedad, las vejaciones y al hambre gracias a su valentía, pero también, gracias al motor que en aquel momento movía su corazón, el amor. Porque, pese a los trabajos forzados, los abusos y palizas, o la inanición, su mayor lucha consistía en conseguir salir del campo del exterminio para reencontrarse con su amado/a y comenzar una nueva vida. No tenían otra cosa en la cabeza: sobrevivir para seguir amando. Para estos supervivientes, el amor se convirtió en su mayor impulso en aquellos años de reclusión.

MÓNICA G. ÁLVAREZ

AMOR Y HORROR

NAZI

**HISTORIAS REALES EN LOS
CAMPOS DE CONCENTRACIÓN**



Ediciones
Luciérnaga

Espero, seas quien seas, que escapes de este lugar. Espero que el mundo cambie y que las cosas mejoren. Pero lo que espero por encima de todo es que entiendas lo que quiero decir cuando te digo que, aunque no te conozco y aunque puede que nunca llegue a verte, a reírme contigo, a llorar contigo o a besarte, te quiero.

Con todo mi corazón, te quiero.

Carta de Valerie, *V de Vendetta*

*A Paula, Howard y Nancy, por abrirme vuestros corazones.
A David, Perla, Lilly, Felice, Helena, Franz,
Klaus, Jerzy, Cyla, Manya y Meyer,
por vuestro eterno coraje.
Siempre en nuestro recuerdo.*

INTRODUCCIÓN

«No tenemos nada nuestro: nos han quitado las ropas, los zapatos, hasta los cabellos; si hablamos, no nos escucharán, y si nos escuchasen, no nos entenderían. Nos quitarán hasta el nombre, y si queremos conservarlo, deberemos encontrar en nosotros la fuerza de obrar de tal manera que, detrás del nombre, algo nuestro, algo de lo que hemos sido, permanezca.»

Así describía Primo Levi, el escritor italiano de origen sefardí y superviviente del campo de concentración de Monowitz, su experiencia en uno de los campamentos satélites de Auschwitz.

Su testimonio, al igual que los catorce que recojo en los siete capítulos siguientes, ofrece una visión personal, íntima, desgarradora y veraz de lo que se vivió durante el Holocausto.

He tenido la oportunidad de entrevistar personalmente a algunos de estos protagonistas, de conocerlos, de escuchar de primera mano su vida y de emocionarme con ellos. Fueron testigos de cómo gigantescos recintos acotados por alambradas, guardias armados y torres de vigilancia, y ocupados por barracones sucios e insalubres, se convertían en el lugar elegido por los nazis para encarcelarlos y privarlos de la libertad. Los hicieron sus prisioneros.

Aquellos campos de concentración fueron el infierno terrenal del nazismo, y quienes traspasaban su puerta estaban condenados a morir en su interior. Solo algunos, como estos catorce hombres y mujeres, corrieron una suerte mejor y lograron sobrevivir a la barbarie. Pero ¿qué fue lo que los empujó a seguir luchando? Por sorprendente o extraño

que parezca, hay un sentimiento que siempre prevaleció en ellos por encima de la fortaleza o la valentía. Sobrevivieron a las enfermedades, las vejaciones y al hambre, gracias al motor que en aquel momento movía su corazón: el amor.

Porque, pese a los trabajos forzados, los abusos, las palizas y la inanición, su principal lucha tenía como objetivo conseguir salir de aquellas cárceles para reencontrarse con su amado o amada, y comenzar así una nueva vida. En definitiva, su mayor impulso fue sobrevivir para seguir amando.

Cuando en *Guardianas nazis. El lado femenino del mal* me sumergí en la vida de las mujeres más despiadadas, que contribuyeron al asesinato de millones de judíos, creí que con sus actos, al igual que con los de sus camaradas masculinos, habían arrebatado absolutamente todo a los confinados, que se arrastraban cual esqueletos humanos entre los barracones. La dignidad, el honor, las ganas de vivir, la vida. Sin embargo, cuando comencé a crear cada una de las historias que tejen *Amor y horror nazi*, me percaté de que estaba equivocada. Había otra realidad en la que subyacía un mensaje más positivo. Un mensaje que me trasladaron tres de los supervivientes a los que tuve el honor de conocer: Paula, Howard y Nancy. El amor era posible. Enamorarse era posible. Y aquella fe en el amor les permitió levantarse una vez más, caminar una vez más, respirar una vez más, sentir una vez más.

Por otro lado y como comprobarás, querido lector, en ningún momento le restan valor a ese factor «suerte» al que aluden muchos supervivientes que evitaron franquear la barrera de la muerte. Aun así, tanto para ellos como para el resto de los personajes que aparecen en este ensayo, el amor fue, sin quererlo, un protagonista en sí mismo.

En *Amor y horror nazi* encontraremos las historias de amor más significativas surgidas y vividas durante la Segunda Guerra Mundial. Seréis testigos de cómo florecieron algunas de estas relaciones, de cómo desaparecieron otras,

de cómo se vivieron reencuentros años después del final de la contienda... En definitiva, viviréis la experiencia de un libro único sobre los supervivientes del Holocausto.

1

**HELENA CITRÓNOVÁ Y FRANZ WUNSCH.
AMOR PROHIBIDO EN AUSCHWITZ**

Él se fijó en mí, y en ese momento, creo, se enamoró.

Eso fue lo que me salvó.

HELENA CITRÓNOVÁ,
en una entrevista para la BBC, 2005

«El pecado contra la sangre y la raza es el pecado original de este mundo y el ocaso de una humanidad vencida», decía Adolf Hitler en su *Mein Kampf*. Durante el Tercer Reich, las relaciones sexuales entre alemanes y judíos estaban completamente prohibidas. Constituían un «crimen racial»¹ y, por tanto, quien se atreviese a perpetrarlo acabaría siendo ejecutado.² Sobre todo, si el «criminal» no pertenecía a lo que el Führer estableció como raza aria.

Tal fue el veto impuesto que, cuando el 15 de septiembre de 1935 se promulgaron las famosas Leyes de Núremberg, entre ellas se encontraba la «Ley de Protección de la Salud Hereditaria del Pueblo Alemán»,³ que además de revocar la ciudadanía del Reich a los judíos, les negaba la posibilidad de casarse o tener relaciones íntimas con personas de «sangre alemana o afín». De hecho, esa «infamia racial» se convirtió en un delito penal.

La semilla del antisemitismo y del racismo empezó a germinar en los ciudadanos arios, que comenzaron a ver a la población judía como una constante amenaza. Judíos,

polacos, eslovacos, gitanos, homosexuales... Fueron apartados de la vida social y pública de las ciudades donde Hitler, imparable, arribaba con su ejército.

Sin embargo, las transgresiones se seguían produciendo, aunque en la clandestinidad. Mientras que de cara a la galería, las «relaciones mixtas», como se las denominaba, estaban muy mal vistas, en la intimidad la cosa cambiaba. La desobediencia a los preceptos nazis era un continuo entre las filas del propio ejército. Fueron muchos los guardias de las SS que infringieron las normas impuestas por el Estado, sobre todo en los campos de concentración. Porque no solo hubo hambre, enfermedades, palizas, torturas y muerte. También se dieron momentos para la intimidad, y no únicamente entre presos, como se ha explicado en varias ocasiones, sino también entre los carceleros y sus prisioneros. Algunos utilizaron a los confinados como meros objetos con los que satisfacer sus necesidades más básicas: «Los miembros de las SS solían agredir sexualmente a las mujeres judías y luego las asesinaban. Estaban obligados a asesinarlas».⁴ En cambio, otros se enamoraron perdidamente, poniendo en peligro su cargo en el KL y su propia vida por salvar la integridad de su ser amado.

Uno de ellos fue Franz Wunsch, *SS-Unterscharführer* (sargento segundo) y supervisor de clasificación en el barracón «Canadá» de Auschwitz-Birkenau, que quedó prendido de la eslovaca judía Helena Citrónová.

EL ANTISEMITISMO DE ESLOVAQUIA

En la primavera de 1942, dos mil mujeres solteras procedentes de Eslovaquia fueron deportadas en dos trenes hacia el campo de concentración de Auschwitz. La excusa: realizar trabajos forzados en las partes más orientales del país.⁵ Solo había sido una cuestión de tiempo que las deportaciones comenzasen. La postura del Estado eslovaco

había sido completamente antisemita desde 1939, aunque su población fuese en un 85% de eslovacos y el resto de judíos, gitanos y alemanes. Los gobernantes del país estaban siguiendo a rajatabla el *Judenfrei* (libre de judíos), y trasladaban a la población judía a guetos. La idea era debilitarlos y empobrecerlos, para así proceder luego a su expulsión.

Eslovaquia aprobó leyes raciales similares a las de Núremberg, con las que prohibió los matrimonios mixtos. Y en septiembre de 1941, unos quince mil judíos de Bratislava fueron enviados a campos de trabajo. Al mes siguiente, Hitler se reunió con el presidente Jozef Tiso y el primer ministro Vojtech Tuka para comentar el problema judío en la zona. Acordaron deportar a todos los judíos alemanes a campos de concentración nazis en Polonia. Ya solo faltaban los eslovacos que residían en Alemania.⁶

Solo se puso una condición ineludible para que la deportación de los judíos alemanes se llevase a cabo: el gobierno eslovaco se quedaría con todos los bienes de los prisioneros. No hubo pega alguna. Eslovaquia pasó a administrar las pertenencias de los deportados. Todos sabían cuál era el verdadero destino que les esperaba.⁷

En los siguientes meses se perfilaron los detalles de cada expulsión. Si bien, el destierro masivo de judíos pretendía reubicarlos «en territorios del este», como reemplazo de los trabajadores eslovacos que tenían que marcharse a Alemania, el Estado eslovaco consiguió que el Reich accediera al envío a Auschwitz de todos los judíos «sanos y fuertes», unos veinte mil.

Finalmente, el inicio de esas deportaciones fue en marzo de 1942, fecha en la que Helena Citrónová partió hacia el campo de Auschwitz sin conocer realmente su futuro. Los nazis les habían asegurado que trabajarían en fábricas de armamento alemán, al norte de Eslovaquia, pero la realidad fue otra. Los condujeron a Polonia y la mayoría fueron ejecutados.⁸

La llegada al campo de Auschwitz

Helena, junto a otras compañeras como Helen Zippi Tichauer, sufrieron «brutalidad, humillación y degradación» por parte de la Guardia Hlinka, equivalente a las SS en Checoslovaquia, que las custodiaba, incluso mucho antes de llegar a su destino.⁹

Cuando Citrónová arribó al campo de concentración de Auschwitz se encontró con un grupo de guardias de las SS distribuyendo a las prisioneras en cinco largas filas. Habían llegado en un primer transporte procedente de Eslovaquia completamente «exhaustas, desorientadas, hambrientas, sedientas y sucias». ¹⁰ Una vez dentro, se encontraron con dos letreros. Uno de bienvenida, *Arbeit Macht Frei* («El trabajo os hace libres»), aunque ninguna de ellas podía imaginarse el horror que se escondía tras aquel «inofensivo» lema; y el segundo, más pequeño, blanco y con solo una palabra: *Konzentrationslager*.

Siempre que llegaba un convoy de prisioneras, el ritual de las SS era el mismo: les confiscaban las pertenencias; las obligaban a desnudarse y a ducharse, a lo que llamaban proceso de desinfección; les afeitaban la cabeza al cero y también el vello púbico; les daban un uniforme de rayas, que se asemejaba más a un pijama por su fina tela; les tatuaban un número de registro en el brazo y después les asignaban un barracón y el puesto de trabajo que tendrían durante su estancia.¹¹

Conspiración hebrea

Uno de los testigos de aquel procedimiento fue el *SS-Rottenführer* (cabo primero) Oskar Gröning, que pasó de realizar tareas administrativas como contable en Berlín a traba-